

Canta la hierba

Gloria Zaldivar Vallejo

Lessing, Doris, *Canta la hierba*. Trad. de Pilar Giralt. Barcelona, Byblos, 2007, 263 pp.

El haber recibido Doris Lessing el premio Nobel de Literatura de 2007 ha despertado el interés por reimprimir la obra de esta escritora británica nacida en Irán (antes Persia) y que creció en Rhodesia (desde 1980 Zimbabwe). Un buen ejemplo de su narrativa es *Canta la hierba*, título de su primera novela publicada en 1950 que como toda gran obra literaria no ha perdido universalidad ni vigencia. La estrategia del comienzo de la trama con un asesinato, hecho del que después nos ponen en antecedentes, ya ha sido practicada por otros grandes novelistas. Ejemplo de ello son *A sangre fría* del norteamericano Truman Capote y *Crónica de una muerte anunciada* del colombiano Gabriel García Márquez. En *Canta la hierba* de Lessing, el asesinato (porque al parecer es cometido con premeditación) al que también podríamos calificar de homicidio imprudencial (ya que se colige que fue motivado por encontradas pasiones) es cometido en la entonces Rodhesia del Sur, un espacio geográfico donde la discriminación racial ha sido la pauta desde siglos atrás, pues aún prepondera un clima de *apartheid* semejante al de la República de Sudáfrica donde constitucionalmente en 1996 se terminó con la segregación racial.

El *apartheid* y su estela de odio es el espacio ideológico de esta novela en el que los protagonistas, colonizadores blancos, sólo permiten la aparición del negro como telón de fondo de sus ambiciones, prejuicios y temores. Tan es así que el narrador reflexiona en las primeras páginas sobre el desprecio que el británico siente por los *afrikaners*, es decir los blancos pobres que tienen muchos hijos y han fracasado en el objetivo de enriquecimiento especulativo que mueve a muchos blancos en África. Desde el principio de la historia se aprecia la intención de mostrarnos de cuerpo entero la falta de escrúpulos de quienes representan el liderazgo de la comunidad rodhesiana, pues quien primero acude a confirmar el hecho consumado de la muerte de Mary Turner es Charlie Slatter un terrateniente que se beneficiará con el crimen imputado al negro Moses, mientras el sargento Denham sentirá que cumple con su deber obligado y profesado de defender al grupo racial blanco, al que pertenece, del peligro de los negros (aunque él mismo sea auxiliado por policías negros), y

el joven Tony Marston observará que su romanticismo de recién llegado no le servirá de nada cuando en esa realidad se vive en la hipocresía, en el prejuicio y que para sobrevivir es importante conducirse con firmeza y don de mando con los negros para también no inconformarse con los blancos.

130 En esa efervescencia, emerge la complejidad humana que no cumple con los estereotipos antagónicos del poderoso blanco y del débil negro colonizado. Los inadaptados de un sistema cuadrulado del deber ser blanco son representados por la protagonista Mary y su esposo Dick Turner, quienes solitariamente y uniendo luego sus soledades personificarán a quienes por desconocimiento de sí no buscan realizar sus propios deseos, su propia vida pues se han dejado llevar por las consignas blancas. Es el caso de Mary, que a pesar de tener una niñez infeliz, debido a padecer a un padre alcohólico sometido a una madre manipuladora, había logrado mitigar su desamparo inicial en un internado cristiano, y que al morir sus padres casi logra una vida independiente, cómoda, sin necesidad de casarse. Sin embargo, en un ánimo como el de Mary, sujeto al convencionalismo social, su conducta obra un viraje de 360° cuando por presión de sus compañeras de la oficina decide a los treinta años que debe contraer matrimonio, pues no quiere ser calificada como ridícula por vestirse con vestidos en tonos pastel y porque la mayoría de sus “amigas” ya se han casado.

A través de Mary podemos apreciar la imposición social de que es objeto y que la llevará a tomar una decisión que a su naturaleza repugna: el matrimonio. Éste la llevará a compartir su vida con un hombre para quien la tierra es su razón de ser y que se enamorará de ella por la ilusión que provoca un haz de luz en su rostro en una sala de cine. La pareja entonces se une por la ilusión, lo cual es frecuente que ocurra en la realidad de muchas parejas, pero la sensibilidad de la escritora crea una atmósfera que se vuelve asfixiante, pues a partir de su enlace Dick y Mary concentrarán su relación en una minúscula casa que —manifiesta la voz narrativa— incluso algunos negros podían poseer porque tiene un elemento que nunca logrará superarse: su techo es de lámina metálica y por lo mismo requería de un cielo raso para que se mantuviera fresca a resguardo del calor inclemente del exterior. Sin embargo, la casa de Dick y Mary nunca será reparada porque Dick es un hombre bienintencionado y práctica variedad de cultivos, consciente de que le debe respeto a la tierra a diferencia de los terratenientes sin escrúpulos como Charlie Slater, pero no empieza a resolver las necesidades más apremiantes de su propiedad como ese cielo raso que hubiera aliviado a la pareja del inclemente sol africano y quizá hubiera evitado en gran medida la tragedia que sobrevino más tarde.

En este matrimonio se vivía una lucha de diferentes perspectivas de vida, porque cuando Dick conoció a Mary, ella era una joven mujer blanca de ciudad, que estaba complacida con su papel de secretaria eficiente; de soli-

daria confidente de las jóvenes de la residencia de mujeres donde vivía y de ser una buena acompañante de varones sin compromisos, que apreciaban en ella precisamente que el no manifestara intención alguna de formalizar un vínculo matrimonial. Por su parte, Dick Turner siempre quiso tener su propia familia, de lo que sensiblemente se percata Mary cuando recién casada llega a la granja y descubre los cromos de un niño y una mujer pegados en la pared de la casa. Y si bien, a partir de su matrimonio Mary se adapta a su nueva vida aportando incluso el dinero de sus ahorros en las mejoras, todo será inútil pues la vitalidad que le confería a su empresa acabará por volverla una mujer indolente, amargada, que llega a golpear al negro Moses con el *sjambok* (un látigo que era el símbolo de mando de los propietarios blancos) cuando sustituye a Dick en la vigilancia de las labores de los peones negros, pues éste se enferma de malaria.

131

Desgraciadamente esa acción será la desgracia de Mary, porque Moses se vengará ambiguamente cuando esté a su servicio. La narración mostrará entonces que en la realidad africana subyace una verdad escamoteada: las relaciones de dominio, de crueldad, también implican relaciones afectuosas e incluso de amor-odio entre los amos blancos y los negros a su servicio. Esta novela revela lo que el desconocimiento de culturas diferentes —así como los prejuicios manifestados mediante el desprecio y temores exacerbados— han ocasionado en África. Moses es un negro educado en una misión cristiana y profesa sentimientos de caridad y bondad hacia la atribulada Mary a pesar del latigazo que le propina ella la primera vez que se encuentran, por ello Moses conmueve y resulta entrañable porque es leal, y sólo desencadena su furia cuando aprecia que desmerece ante el joven blanco que llega a la granja, debido a que la atención de Mary se desvía y ya no es para él.

Canta la hierba es entonces un gran canto a la vida auténtica que pudieron tener Mary y Dick Turner, Moses e incluso el joven Marston y sus ideales. Por medio de estos personajes Doris Lessing personificó las contradicciones que se viven en el continente africano y los prejuicios en los que se encuentran cautivos sus habitantes. Para crear un ambiente que reprodujera el clima agobiante de la antes llamada Rhodesia, Lessing recurrió a descripciones detalladas, sugerentes, incisivas, poéticas que reflejan los gestos, las actitudes y las más profundas intenciones que mueven a los personajes que encarnan el espíritu impositivo de ambiciosos como Slatter y de seres que, aunque en su fuero interno deseaban vivir sencillamente de acuerdo a su propia naturaleza, han perdido la perspectiva de la realidad avasalladora africana en una sociedad blanca que se cree la dueña de la vida nativa y los pareceres blancos en esa región africana durante la década de los cincuenta.

Indudablemente, *Canta la hierba* de Doris Lessing es una lectura obligada cuando queremos sincerarnos con nosotros mismos y deseamos realizar un

ejercicio de retrospectión y reflexión sobre los hechos que incluso han ocurrido y ocurren en nuestro país. La discriminación no es privativa de África, es un hecho en México, así como el desconocimiento que tenemos de las diferentes etnias en la República Mexicana. La novela de Lessing es una invitación a enfrentarnos con nuestros verdaderos anhelos, nuestras bajas pasiones y, en suma, con nuestro ser, ya que nuestros aparentes logros no lo son si no comprendemos la novela de Lessing y la vida humana bajo la consigna del segundo epígrafe de la novela: “Los fracasados y los inadaptados constituyen la mejor medida para juzgar las debilidades de una civilización”. (Anónimo)